

¿ES JESUCRISTO UN REY?

Hablar de Jesucristo como de un rey nos puede parecer bastante extraño. En la historia de la humanidad pocos han sido los reyes que se pueden llamar de verdad "buenos".

La misma institución de la monarquía es bastante discutible, ya que está basada en el totalitarismo de una sola persona, o de un pequeño grupo o "camarilla", lo que no se distingue demasiado del totalitarismo de un partido.

Por otro lado, ese "derecho" que tenían algunas familias para mantenerse siempre en el poder es algo odioso en sí mismo. Los "herederos del trono" fueron muchas veces imbéciles o incapacitados que no tenían el más mínimo mérito para mandar sobre los demás o dirigir los negocios del Estado.

Todo esto, felizmente, en cosa del pasado. Muy pocas monarquías quedan en pie y casi todas son parte de un mecanismo puramente decorativo, al menos en Occidente.

Ya el propio Jesús llamó la atención sobre el hecho de que los reyes suelen oprimir a sus súbditos, pues gobiernan, generalmente, más para beneficio propio o de los suyos que para el bien de sus gobernados (ver Lucas 22,25).

¿QUÉ CLASE DE REY ES JESÚS?

A Pilato, el gobernador cobarde, Jesús le expresó claramente que "su Reino no era de este mundo" (ver Juan 18,36).

De modo que no hay que confundir las cosas. Cuando damos a Jesús el título de rey nos estaremos refiriendo al Reino de Dios. El conquistó el derecho a ser nuestro Rey nada menos que dando la vida por nosotros.

Aunque el Reino de Jesús no es de este mundo presente y terreno, sin embargo, los que aspiramos a ser parte del mismo comenzamos a ser sus ciudadanos aquí en la tierra, desde el momento mismo en que fuimos bautizados.

Es nuestra obligación demostrar que, aunque exiliados por todo el tiempo que dure nuestra peregrinación en este suelo, no somos ciudadanos solo de nombre, sino que entendemos y aceptamos los principios que rigen este Reino y tratamos, ya desde ahora, de ponerlos en práctica, como forma de hacernos dignos de participar un día al lado de un Rey tan grande y tan bueno, que es realmente el único que merece este título por aclamación de todos sus súbditos.

UN REINO ETERNO Y UNIVERSAL

El Reino de Cristo fue anunciado mucho antes de su llegada, pues los profetas del Antiguo Testamento se encargaron de presentar al Mesías como un Rey cuyo imperio duraría para siempre.

Esto, sobre todo, nos da la idea de que no se trata de un rey temporal y humano, sino de Alguien que sobrepasa los límites de tiempo y espacio para reinar sobre todos aquellos que así lo deseen.

Este Reino, por supuesto, no es parte de lo que vemos cada día. Por el contrario, sabemos que en el mundo reina el desorden, la inmoralidad, el libertinaje, y que los valores más apreciados son, con frecuencia, absolutamente contrarios a los principios enseñados por Jesús. Esa es la razón por la que el Evangelio aparece como un contrasentido, algo que no encaja en la concepción de los que, por su manera de pensar y obrar, han de ser considerados como gente que solo vive para este mundo.

Por eso, estas personas no pueden formar parte del Reino, a menos que se conviertan de corazón, pues solo se puede seguir a Cristo en forma libre y espontánea.

REINO DE JUSTICIA Y AMOR

En el Reino de Cristo no cabrá nada torcido ni corrompido. Allí todo será armonía, producto de la completa integración de sus miembros por el ejercicio del amor.

Cristo dijo que sus discípulos se conocerían por la forma en que se amasen unos a otros (Juan 13,35). Y esto comienza a ser verdad en la tierra, por lo que solo los que se distinguen por sus formas de servir a los demás, con justicia y amor, pueden ser reconocidos como parte del grupo de los que lo aceptan a El como a su Salvador y Rey.

No se trata de meras palabras o gestos exteriores. El cristiano es alguien que piensa con unos criterios propios y trata de actuar conforme a las enseñanzas de su Maestro.

Dijo Jesús: "La Ley y los profetas llegan hasta Juan; desde ahí comienza a anunciarse la Buena Nueva del Reino de Dios, y todos se esfuerzan con violencia por entrar en él"(Lucas 16,16).

Pero esa violencia no se ejercita contra los demás, sino sobre nosotros mismos. Porque los estatutos del Reino son exigentes, y solo aquellos que sean capaces de doblar su orgullo, su egoísmo y sus ambiciones serán dignos de reinar con Cristo para siempre.

Arnaldo Bazán